17. San Jerónimo: reflexiones sobre la actividad traductora en los *Comentarios a los Profetas Menores* [1]

PILAR MARTINO ALBA
Universidad Rey Juan Carlos
Grupo de Investigación MHISTRAD
pilar.martino@urjc.es

17.1. Introducción

La teoría de la traducción, en general, sea cual sea el enfoque con el que se aborde, está basada en la reflexión sobre la actividad traductora en todas sus fases. En ocasiones, dicha reflexión se fundamenta en la práctica traductora y en el encuentro con las múltiples dificultades lingüísticas, culturales, terminológicas, etc. de cualquier texto, especializado o no, o bien se apoya sobre la reflexión netamente teórica, cayendo a veces en el más puro diletantismo. En este último caso, suele darse en los teóricos una tendencia prescriptiva, mientras que cuando la reflexión la ejerce el practicante de la traducción, la duda constante conduce, según nuestro modesto entender, a un juicio más ecuánime en cuanto a las decisiones a tomar, porque, antes de llegar a la justificación ante la opción escogida, el traductor ha tenido que salvar múltiples escollos sobre los que ha tenido que meditar a fondo y que no siempre resultan fáciles de sortear.

El interés de Jerónimo de Estridón por la investigación filológica y la comparación de textos bíblicos traducidos –siglos después elevado a los altares precisamente por su traducción de las Sagradas Escrituras– le llevó, a instancias del papa Dámaso, a adentrarse en la actividad traductora de pleno. Las iniciales reflexiones sobre textos ya traducidos, opinando sobre lo que otros habían hecho, se convirtieron en reflexiones sobre las propias dificultades como traductor, de manera que a partir de ese momento él mismo tuvo que empezar a defenderse de las críticas de otros que opinaban sin haber traducido o sin haberse enfrentado a los sinsabores de luchar con –y a veces contra– las palabras, con el orden de las mismas, con la sintaxis, con aspectos semánticos, con la infravalorada dificultad de la puntuación, y un largo etcétera de matices que conducen a la introspección y a la toma de decisiones durante el proceso traductor. Esas justificaciones presentes en los prólogos y prefacios a sus traducciones, solicitando –aun sin mención expresa– la benevolencia del lector, nos proporcionan a los traductores actuales e investigadores

1 Este artículo, enmarcado en las investigaciones sobre historia de la traducción del grupo de investigación MHISTRAD, es un homenaje al historiador de la Orden de San Jerónimo, fray Ignacio de Madrid, fallecido el 18 de junio de 2017, a quien debemos eterno agradecimiento por su generosidad, entrega, hospitalidad e inestimable ayuda durante los años de elaboración de nuestra tesis doctoral sobre la iconografía del patrón de los traductores. Con este artículo también le rendimos un sentido y eterno recuerdo por la alegría que siempre mostraba cuando sabía de la publicación de algún artículo sobre san Jerónimo o le enviábamos alguna imagen del santo inspirador de la Orden de San Jerónimo.

sobre la historia y la teoría de la traducción valiosos datos para analizar las bases sobre las que se apoyan los traductólogos contemporáneos.

Desde el punto de vista metodológico, este estudio se ha fundamentado en la revisión bibliográfica y textual de las *Obras completas* de san Jerónimo, publicadas por la BAC en diez tomos hasta el momento, colección promovida por la Orden de San Jerónimo y especialmente por el entusiasmo y dedicación que a esa magna obra dedicó fray Ignacio de Madrid durante más de veinte años, tantos como san Jerónimo dedicó a la traducción de las Sagradas Escrituras. Así pues, como homenaje a la labor editorial que fray Ignacio de Madrid puso en la edición de las *Obras* de san Jerónimo, hemos escogido una parte de estos textos para nuestro estudio, concretamente los *Comentarios a los Profetas Menores*, para extraer de ellos lo que san Jerónimo expresó, al hilo de su trabajo, sobre los sinsabores de la actividad traductora y sobre la defensa de las decisiones tomadas ante las dificultades de la traducción de unos textos con gran carga simbólica.

17.2. La importancia de prólogos y prefacios para la historia de la traducción

En un trabajo anterior[2] poníamos en relación las reflexiones de san Jerónimo sobre la actividad traductora, expresadas en los prólogos y prefacios a diferentes tratados (San Jerónimo 2002), con las teorías contemporáneas de la traducción a partir de la segunda mitad del siglo XX, para demostrar que lo que los estudiosos actuales de la teoría de la traducción consideran una novedad en la teorización de la actividad traductora tiene, al menos, dieciséis siglos de existencia. La costumbre de incluir prólogos y prefacios en las ediciones críticas, donde el editor y traductor de una determinada obra pueda exponer algunas consideraciones en torno al trabajo translatorio llevado a cabo, proporciona al estudioso de la materia, al historiador de la traducción, un provechoso material sobre el discurrir de la disciplina. En el caso de la obra de san Jerónimo encontramos cavilaciones sobre su manera de llevar de una a otra orilla los textos. Estos pensamientos no solo están presentes en sus traducciones o en los prólogos a las mismas, sino también en sus *Epístolas.* De hecho, una de estas cartas, concretamente la *Epístola 57* dirigida a Panmaquio «Sobre el arte de bien traducir» se considera uno de los textos clásicos de teoría de la traducción[3] que todo historiador de la traducción o interesado en la materia debería conocer.

En la investigación en traducción nos encontramos habitualmente con análisis de tipo contrastivo-comparativo, en ocasiones incluso con gran exhaustividad en toda clase de detalles formales, pero es menos común la reflexión sobre el significado intrínseco de los textos, sobre la simbología de los mismos. Por ello, consideramos que los *Comentarios* de san Jerónimo a los textos bíblicos pueden proporcionar al investigador –aunque no se dedique a la traducción de textos religiosos- y especialmente al traductor literario e investigador en traducción literaria, numerosos detalles que contribuyen, sin lugar a dudas, a conformar una visión

2 Véase P. Martino Alba: «San Jerónimo: traductor y traductólogo» en Fernando Navarro Domínguez et al. (eds.) *La traducción: balance del pasado y retos del futuro*, Alicante: Ed. Aguaclara, 2007, pp. 453-466.

3 *cfr.* M.A. Vega (ed): *Textos clásicos de teoría de la traducción*, Madrid: Ed. Cátedra, 1994, pp. 82-86.

más acertada de las exigencias de la actividad traductora y, cómo no, a un mayor bagaje cultural y a una mejor formación humanística, elementos todos ellos imprescindibles, según nuestro modesto entender, para afrontar con profesionalidad la práctica de la traducción.

Antes de adentrarnos en las obras objeto de nuestro estudio para esta contribución en homenaje a fray Ignacio de Madrid, a saber: los *Comentarios a los Profetas Menores,* veamos algunos ejemplos de esos prólogos y prefacios de san Jerónimo que sirven de introducción bien a traducciones o bien a trabajos exegéticos sobre otros textos bíblicos –un total de veintidós prólogos y prefacios-, con el fin de calibrar la interesante información que el traductor ofrece al lector sobre el proceso translatorio. Así, en el Prólogo Galeato a los libros trasladados por san Jerónimo del hebreo al latín, nos da a entender –como podemos leer en el siguiente párrafo que aquí transcribimos- que considera al traductor como un igual para la lengua meta que el autor del texto original, pues sin la mediación del traductor, el lector final no podría tener acceso a un texto cuya lengua no domina. Al mismo tiempo, nos ofrece detalles sobre el relevante proceso de revisión textual antes de lograr la versión definitiva, así como sobre la, a veces, ácida crítica de traducciones por parte de los que no practican de la traducción.

> «[…] Lee, por tanto, primero mi *Samuel* y *Malakím;* mío, digo, mío, porque todo lo que traduciéndolo a menudo y enmendándolo con solicitud lo aprendemos y lo retenemos, es cosa nuestra. Y cuando hayas entendido lo que antes desconocías, considérame traductor si eres agradecido, o parafraseador, si desagradecido, aunque en absoluto soy consciente de que haya cambiado nada de la verdad hebraica. Si por azar eres incrédulo, lee los códices griegos y los latinos y confróntalos con esos opúsculos que recientemente tenemos enmendados y, dondequiera que veas que discrepan entre sí, interroga a cualquiera de los hebreos a cuál debes más bien prestar fe, y si se confirma el nuestro, creo que no debes considerar conjeturador a uno […] perros ladradores que frente a mí se enfurecen con la boca rabiosa y recorren la ciudad y se creen doctos en estos si denigran a otros […]»[4]

En el prólogo a los libros de Josué y los Jueces, san Jerónimo vuelve a incidir en el valioso trabajo que realiza el traductor para que las personas que no dominan una lengua, pueden leer textos escritos originalmente en esa lengua extranjera y extraña para ellos. En este sentido, cabe hacer aquí la reflexión sobre los conceptos de literatura universal y sobre las llamadas obras clásicas de la literatura. Si son universales es porque han sido traducidas a otras lenguas y esos textos los han recibido otras culturas, pudiéndolas así leer y gozar un mayor número de lectores, y si se aceptan como clásicas determinadas obras literarias en diferentes culturas, es porque esas obras, que no pierden vigencia a lo largo del tiempo, han sido consideradas como textos que merecía la pena traducir y dar a conocer a otros polisistemas literarios.

4 San Jerónimo: *Obras Completas* II. *Comentario a Mateo y otros escritos* [Edición bilingüe; introducciones, traducción y notas de Virgilio Bejarano], Madrid: BAC, núm. 624, 2002, p. 461.

> «[…] yo no acuño cosas nuevas para reprensión crítica de los antiguos, como amigos míos me recriminan, sino que, en lo que de mí ha dependido, ofrezco nuestra versión a los hombres de mi lengua (a los que, no obstante, deleita), para que la tengan en vez de las Hexaplas de los griegos, que son costosas y exigen esfuerzo muy grande […]»[5]

Para finalizar con estas breves pinceladas sobre la importancia de prólogos y prefacios, baste el siguiente ejemplo en el que san Jerónimo, en el prólogo al libro de los *Paralipómenos*, hace alusión a la fase de documentación que todo traductor debe emprender para desentrañar las posibles dificultades del texto y cómo, en esa fase de documentación, es fundamental conocer de primera mano todos los aspectos relativos a la cultura de la que se traduce, incluidos los contextos topográficos en los que ha surgido ese texto original objeto del trabajo del traductor, así como dudar siempre de uno mismo y consultar las fuentes más apropiadas y a los informantes más versados en la materia, con el fin de tomar la decisión correcta en el proceso de traslación de un texto original a un texto meta.

> «[…] Así como las historias de los griegos las entienden los que han visitado Grecia y el libro tercero de la *Eneida* de Virgilio, los que han navegado desde la Tróade por Leucate y los Acroceraunios hasta Sicilia y desde ahí hasta las bocas del Tíber, así también comprenderá más claramente la Santa Escritura quien ha contemplado con sus ojos la Judea y ha conocido los monumentos de sus antiguas ciudades, y los nombres, ora los mismos, ora cambiados, de sus lugares. Por eso nosotros también hemos tenido el cuidado de emprender esta tarea en compañía de los más eruditos de los hebreos […] en los libros divinos yo nunca he confiado en mis propias fuerzas ni he tenido como maestra mi propia opinión, sino que he solido preguntar incluso sobre aquellas cosas que yo creía saber […] contraté a un doctor de la Ley, de Tiberíades, que gozaba de admiración entre los hebreos, y conversé con él […]»[6]

La edición bilingüe de las *Obras Completas* de san Jerónimo, promovida por la Orden de San Jerónimo, en general, y por fray Ignacio de Madrid, en particular, para dar a conocer la magna obra de este gran humanista cristiano, Jerónimo de Estridón, nos permite a los traductores, como hemos podido ver en los ejemplos arriba citados, acceder a unas valiosas fuentes textuales para reflexionar e investigar sobre nuestra actividad, tan denostada y criticada hoy día como en los tiempos de san Jerónimo. Si el texto meta es bueno, el mérito es del autor del texto original; y si el texto terminal no es bueno, el responsable no es el autor, sino el traductor. A juzgar por las respuestas subidas de tono de san Jerónimo a algunos de sus críticos, el juicio sobre su trabajo era a veces bastante negativo y también incomprendido.

5 *Idem*, p. 469.
6 *Idem*, p. 471.

17.3. Comentarios a los Profetas

Los *Comentarios* a los doce Profetas Menores: Oseas, Joel, Amos, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahúm, Habácuc, Sofonías, Ageo, Zacarías y Malaquías, constituyen los tomos IIIa (2000) y IIIb (2003) de la colección de *Obras Completas* de san Jerónimo publicadas en la BAC,[7] componiendo cada uno de esos dos tomos seis profetas. San Jerónimo incluye en cada uno de los libros dedicados al estudio de los textos proféticos un breve prólogo donde, en ocasiones, ofrece al lector pistas sobre aspectos relacionados con la práctica de la traducción. En otras, estos prólogos se adentran en aspectos relacionados con el perfil biográfico del personaje en cuestión o bien con las personas a quienes dedicaba la obra concreta, que, en la mayoría de los casos, era una obra de encargo o una petición personal para que san Jerónimo, profundo conocedor de las Escrituras, aclarase para los lectores la cripticidad de esos textos proféticos.

17.3.1. Comentario a Oseas

Desde el punto de vista de la teoría y práctica de la traducción, es palpable el interés de san Jerónimo por el estudio filológico previo al proceso traductor. En ese estudio previo que todo traductor debe emprender es primordial la comprensión semántica y morfosintáctica del texto. De esta preparación imprescindible para emprender la traducción de un texto es vivo ejemplo la investigación filológica que hace san Jerónimo de los textos veterotestamentarios, pues en la traslación del texto original hebreo al latín pueden producirse errores precisamente por una mala interpretación de los aspectos semánticos o de significado de las palabras, pero también gramaticales y morfosintácticos del texto de partida:

> «Baal en singular, y Baales, en plural, designan los mismos ídolos en género masculino. En efecto, siempre que en los últimos tiempos de la lengua hebrea encontramos la sílaba *im,* se trata de un plural de género masculino; en cambio, cuando aparece *oth,* es un plural de género femenino. Según esto, interpretamos *cherubim* y *seraphim* como plurales de género masculino, en cambio, *sabaoth,* que significa «de las milicias» o «de los ejércitos» o «de las virtudes», es un plural de género femenino. Por tanto, *Baalim* (los Baales) son de género masculino y número plural, por más que algunos lean erróneamente *te Baál* y *tais Baaleím* como femeninos.» [8]

San Jerónimo explica cada una de sus decisiones, fundamentándolas en los aspectos semánticos, gramaticales, morfosintácticos y, por supuesto, simbólicos. No se trata únicamente de una cuestión terminológica, sino de buscar cada uno de los significados del signo lingüístico palabra y encontrar en dichos signos lo que simbolizan:

7 A los *Comentarios a los Profetas Mayores*: Isaías, Jeremías, Baruc, Ezequiel y Daniel, dedicaremos un próximo trabajo, asimismo basado en aspectos relacionados con la teoría y la práctica de la traducción.

8 San Jerónimo, «Comentario a Oseas». Libro I (Os 2, 13), en: *Obras Completas* IIIa. *Comentarios a los Profetas Menores* [Edición bilingüe; introducción, traducción y notas de Avelino Domínguez García], Madrid: BAC, nº 606, 2000, p. 53.

«*Y cantará allí como en los días de su juventud y como en los días de su ascensión desde las tierras de Egipto.* Dicen los Setenta: *Y será humillada como en los días de su infancia y como en los días de su ascensión desde las tierras de Egipto.* Donde nosotros hemos escrito cantará y los Setenta tradujeron será humillada, el texto hebreo dice *anatha,* palabra que Símaco ha traducido será afligida, Teodoción responderá, Aquila obedecerá, es decir, *hypakoúsei;* nosotros preferimos traducir el texto hebreo más literalmente, es decir, «precederá cantando», de forma que, puesto que había mencionado una vez la agitación, la salida al desierto, los vendimiadores procedentes del mismo lugar y el valle de Akor y se había referido brevemente a todo el relato de la salida de Egipto y de la marcha hacia la tierra prometida, también ahora conserva el símil del relato [...] La traducción de Aquila y de Teodoción, el primero de los cuales escribió *hypakoúsei,* es decir, oirá, el otro *apokrithésetai,* o sea, responderá, está de acuerdo con nosotros en que, mientras unos preceden con cánticos, otros responden cantando. Sin embargo, las traducciones de los Setenta y de Símaco «será humillada» y «será afligida», no resultan acordes con un momento de alegría [...]».[9]

En el estudio comparativo-contrastivo, san Jerónimo pone en evidencia los errores de traducción debidos a la incomprensión del texto original, bien sea por una confusión de la unidad mínima, una letra, bien por una errónea interpretación de un término, como en el caso siguiente, en el que un adjetivo es confundido con un topónimo, lo que conduce a reafirmar la importancia de la comprensión morfosintáctica del texto original para una traslación acorde al texto de partida, ya se tome como estrategia el acercamiento del texto original al lector meta o viceversa. La estrategia traductora, sea cual sea, no implica el alejamiento del significado intrínseco del texto de partida:

«En cuanto a las palabras de los Setenta, *los enterrará Machmas,* no se hallan en el texto hebreo, el cual dice *madmad,* que significa codiciable. De donde resulta evidente que los Setenta han sido engañados por la similitud de las letras daleth y chaph y que, en lugar de *madmad,* que todos los autores traducen por codiciable, pensaron que Machmas era una ciudad de Egipto.»[10]

«Son muy grandes las divergencias de los traductores en este pasaje. Donde nosotros hemos traducido ¡Ay de ellos cuando yo me haya alejado de ellos!, los Setenta y Teodoción tradujeron ¡Ay de ellos! Mi carne procede de ellos. Y, al preguntarme el motivo de tan gran divergencia, he encontrado la siguiente: en hebreo mi carne se dice *basari;* y, a su vez, si lo traducimos por «mi alejamiento» o «mi desviación», esta palabra en hebreo se dice *basorí.* Así pues, los Setenta y Teodoción, en vez de traducir mi alejamiento o mi desviación, tradujeron mi carne. [...] Una vez explicada la diferencia de lecturas, volvamos a su significado simbólico.»[11]

9 *Idem,* Comentario a Oseas. Libro I (Os 2), 2000, pp. 57-58.
10 *Idem,* Comentario a Oseas. Libro II (Os 9), 2000, p. 175.
11 *Idem,* Comentario a Oseas. Libro II (Os 9), 2000, p. 185.

Al comienzo del Libro III del *Comentario a Oseas (Os 10),* San Jerónimo se dirige al comitente de la obra, es decir se trata de un texto por encargo, concretamente de Panmaquio, a quien escribiría el texto *Del arte de bien traducir.* Aprovecha la coyuntura para aludir a la crítica de traducción practicada por algunos que, en la mayoría de los casos, no traducían:

> «Sé, Panmaquio, que estoy componiendo esta obrita tan problemática de los doce profetas, claramente olvidada por los autores latinos, la cual puede delatar nuestra osadía más que poner de manifiesto nuestros conocimientos. Pero puesto que, si tú nos los aconsejas, es más, si nos lo mandas, nada te podemos negar [...] Y, puesto que me alegro de que tú seas mi protector declarado en virtud del derecho de la amistad, me causa mucho respeto tu opinión tácita y erudita y te tengo más miedo a ti cuando me alabas que a mis adversarios cuando me critican. Porque a ellos la envidia les resta credibilidad y, más que jueces han de llamarse acusadores; en cambio, tú, que me quieres, no emites tu opinión en función de las personas, sino de las cosas [...]» [12]

17.3.2. Comentario a Joel

Numerosas veces se ha criticado la manera de traducir de san Jerónimo, al achacarle que tradujese literalmente, entendiendo por esto la sujeción firme al texto original, como si hubiese traducido palabra por palabra. Sin embargo, el propio san Jerónimo se encarga de transmitir al lector interesado que su afán en el proceso traductor era encontrar el misterio del significado de las palabras y luchaba por dar con la elección acertada para que el lector meta recibiese el texto como lo había recibido el lector o escuchante del texto original. Así lo expresó en la *Carta a Panmaquio,* del año 405, sobre «el arte de bien traducir», al decir «[...] yo no solamente confieso, sino que proclamo en alta voz que, aparte las sagradas Escrituras, en que aun el orden de las palabras encierra misterio, en la traducción de los griegos no expreso palabra por palabra, sino sentido de sentido [...]». [13] Ese mismo interés por encontrar el significado intrínseco de las palabras, bien fuese explícito o implícito, es un sistema de trabajo que practicó toda su vida, como también escribiría en numerosas ocasiones en los *Comentarios a los profetas:* «Lo que nosotros hemos traducido como perturbaciones, los griegos las llaman páthe; si tradujéramos este término incorrectamente como pasiones, estaríamos traduciendo más la palabra en sí que el sentido de la misma. [14]

Conocedor de los textos bíblicos y de la escritura metafórica, trata siempre de desentrañar las figuras retóricas que encierra el texto para hacerlo más comprensible al lector meta. Así, en el *Comentario a Joel* podemos leer lo siguiente, a propósito de las plagas de Egipto: «No olvidemos que es metafórico todo este lenguaje de las langostas, las cuales tienen tal poder de devastación que descortezan y

12 *Idem*, Comentario a Oseas. Libro III (Os 10), 2000, p. 199-201.
13 Véase San Jerónimo, en M. A. Vega, *Textos clásicos de teoría de la traducción*, Madrid: Cátedra, 1994, p. 84.
14 San Jerónimo, Comentario a Joel. El libro (Jl 1), en: *Obras Completas* III*a. Comentarios a los Profetas Menores* [Edición bilingüe; introducción, traducción y notas de Avelino Domínguez García], Madrid: BAC, n.º 606, 2000, p. 309.

mondan los árboles y, después de consumirles todo el verdor, dejan sus ramas blancas y secas» [15] o, más adelante, cuando dice: «*Ante la presencia* de esta clase de langostas *la tierra se estremeció y los cielos se estremecieron*. Estas palabras las hemos de entender como una hipérbole [...] a causa del espanto, a quienes padecen calamidades les parece que el cielo se derrumba y que la tierra se mueve bajo sus pies.» [16]

En su estudio contrastivo-comparativo, toma cada fragmento de texto bíblico y lo somete a un análisis filológico, metafórico, anagógico o sentido místico de la Sagrada Escritura, y lo comenta desde el punto de vista histórico, simbólico y espiritual, de manera que a su versión –sea equivocada o no, según los críticos- no se le puede negar la profundidad del estudio y una toma de decisiones en el proceso traductor bien fundamentada y basada en un exhaustivo análisis del texto original.

17.3.3. Comentario a Amós

El Comentario a Amós está también, como los anteriores, dedicado a Panmaquio. Escrito por encargo de este último. A propósito de la profesión del profeta Amós, pastor de ovejas, san Jerónimo aprovecha para remarcar la idea del lenguaje especializado y el uso de términos propios de cada profesión en sentido metafórico para categorizar el mundo:

> «Es natural que, al hablar, todos los artesanos empleen expresiones de su profesión y que cada uno eche mano de todo lo que tiene relación con el oficio que ha desempeñado durante toda la vida. Por ejemplo: quien es marinero o timonel compara su tristeza con una tormenta y al contratiempo lo llama naufragio, a sus enemigos los llama vientos contrarios y a la prosperidad y a la alegría los llama brisa deliciosa, vientos favorables, mar sereno y terso como un campo llano [...] Para mostrar que el profeta Amós, que fue un pastor entre pastores y un pastor que anda, no por campos cultivados o plantados de árboles y viñedos ni por bosques y verdes praderas, sino por la inmensa aridez del desierto, donde están los fieros leones que matan el ganado, recurrió también a la terminología propia de su oficio, al llamar rugido y bramido de león a la voz aterradora y temible del Señor [...]» [17]

17.3.4. Comentario a Abdías

El *Comentario a Abdías* está compuesto a petición de Panmaquio, entre el año 392 y 396. En el prólogo a este texto, la necesaria actualización de traducciones la aborda san Jerónimo justificando que el análisis textual que hiciera en su juventud sobre el texto profético de Abdías no reunía todos los puntos de vista imprescindibles para desentrañar su significado, dados sus por entonces escasos o no

15 *Idem*, Comentario a Joel, 2000, p. 313.
16 *Idem*, Comentario a Joel, 2000, p. 333.
17 San Jerónimo, Comentario a Amós. Libro I (Am 1), en: *Obras Completas* III/a. *Comentarios a los Profetas Menores* [Edición bilingüe; introducción, traducción y notas de Avelino Domínguez García], Madrid: BAC, n.º 606, 2000, p. 405-407.

suficientes conocimientos de los hechos históricos. Para fijar la veracidad de los personajes y lugares citados, se remite siempre a la historia y al examen terminológico, gramatical, y morfosintáctico, solo posteriormente analiza y comenta el sentido moral, el alegórico y, por último, el místico. Para justificar esa actualización en el análisis textual, recurre a la carta de san Pablo a los Corintios (1 Cor 13, 11), añadiendo que:

> «[…] en mi juventud, incitado por el ardor y el entusiasmo por las Escrituras, interpreté alegóricamente al profeta Abdías, sin conocer su sentido histórico […] Conocía la literatura mundana y creía por ello que podía leer un libro lleno de misterio […] Ahora me limitaré a decir que, aunque no haya aprendido otra cosa, al menos soy consciente de aquel dicho socrático: Sé que no sé nada.» [18]

Una vez expuesto el sentido literal o histórico del *Comentario a Abdías,* san Jerónimo recurre, como leemos en él en varios de sus textos, a metáforas marinas para expresar la dificultad de la obra emprendida: «[…] hemos mantenido el rumbo de nuestra barca en medio de fragosos escollos, despleguemos [ahora] las velas del sentido espiritual para que, con el soplo del Señor y descubriéndonos él sus misterios, podamos llegar felizmente a puerto.» [19] En el uso de esas metáforas llega san Jerónimo a gran belleza expresiva en el *Comentario al Libro de Jonás* a propósito de la historia personal de este profeta, tan ligada al mar, pero también en el *Comentario a Miqueas,* donde parece rogar la benevolencia del lector o hacer un pacto de lectura con él, como veremos un poco más adelante en el epígrafe correspondiente al Comentario al libro de Miqueas.

17.3.5. Comentario a Jonás

El prólogo al *Comentario a Jonás* tiene un interés especial para los historiadores de la traducción, puesto que en él san Jerónimo hace alusión a sus traducciones y uno de los textos dedicados a Panmaquio sobre la forma de hacer un comentario textual, que, junto a la *Epístola 57 «Sobre el arte de bien traducir»,* constituyen referencias obligadas en la historia de la disciplina de la que Jerónimo de Estridón es patrón, protector e inspirador en la cultura occidental. En la *Epístola 48* a Panmaquio le diría:

> «Si lees los dieciséis libros de los profetas que he traducido del hebreo al latín, y veo yo que te gusta este trabajo, me animarás a no dejar lo demás guardado en el armario. Hace poco he traducido a Job en nuestra lengua; de la santa Marcela, prima tuya, podrás tomar prestado un ejemplo. Léelo en griego y en latín, y compara la antigua edición con nuestra versión y verás más claro que la luz la distancia que hay entre la verdad y la mentira. He enviado al santo padre Domnión algunos de los comentarios sobre los

18 San Jerónimo, Comentario a Abdías, en: *Obras Completas* III*b. Comentarios a los Profetas Menores* [Edición bilingüe; introducción, traducción y notas de Avelino Domínguez García], Madrid: BAC, núm. 631, 2003, pp. 633-635.
19 *Idem*, Comentario a Abdías, 2003, p. 673.

> doce profetas [...] Si los lees, caerás en la cuenta de lo difícil que es entender la divina Escritura, sobre todo los profetas; y cómo, por torpeza de los traductores, lo que en el original fluye en doctísimo discurso, en nuestros textos es un cúmulo de errores [...]»[20]

En la *Epístola 57, «Sobre el arte de bien traducir»,* escrita el año 396, los interesados en la historia de la traducción recogen, por regla general, los siete apartados que Vega menciona en *Textos clásicos de teoría de la traducción*.[21] Sin embargo, no parece que sean muchos los estudiosos que hayan acudido a la fuente primaria, al *Epistolario* de san Jerónimo para extraer todas las citas que el santo patrón de los traductores hace en los trece apartados de esta carta sobre el arte de la traducción. A los efectos de nuestro propósito en este artículo, resulta interesante el final de esta epístola a Panmaquio, después de las encarnizadas críticas recibidas por sus adversarios por la carta que tradujera y comentara de Epifanio a Juan de Jerusalén, pues en dicho final san Jerónimo hace alusión a su deseo de hacer los preceptivos análisis textuales de las Escrituras para una mejor comprensión por parte de los lectores: «También deseo, si es posible, aunque mis adversarios se pongan furiosos, escribir más bien comentarios a las Escrituras que no filípicas al estilo de Demóstenes y Tulio».[22]

En el *Comentario a Jonás*, consciente de la necesidad de aclarar los pasajes oscuros o incomprensibles para el lector del texto, trata de clarificar lo que otros antes que él han escrito sobre las profecías de Jonás y que, a su juicio, han complicado aún más el texto y añade que no lo hace con la intención de criticar a sus antecesores en el cometido de comentar el texto, «sino porque el deber del comentarista es explicar breve y claramente las cosas oscuras [...] aclarar el sentido del texto».[23] Cuando encuentra alguna incongruencia en las traducciones que compara con el texto hebreo, la menciona y argumenta desde el punto de vista simbólico cómo sería la opción más correcta, más acorde con el significado intrínseco del texto original:

> «*Y clamó diciendo: Dentro de cuarenta días Nínive será destruida.* Dicen los Setenta: *Y predicó diciendo: Dentro de tres días Nínive será destruida.* El número tres que aparece en los Setenta no concuerda con la penitencia y me sorprende mucho esta traducción, que no tiene nada que ver ni con las letras ni con las sílabas ni con los acentos ni con la palabra de la edición hebrea [...]».[24]

En ocasiones, las explicaciones de san Jerónimo dejan entrever el enfado que sentía por algunas de las críticas vertidas hacia sus escritos. Sin embargo, para el estudioso actual de la traducción esas acaloradas respuestas del santo patrón de los traductores tienen el valor de hacer reflexionar al traductor o, mejor aún, al

20 San Jerónimo, *Epístolas, tomo I*, [Edición bilingüe; traducción, introducciones y notas de Juan Bautista Valero]. Madrid: BAC, núm. 530, 1993, p. 397.
21 Véase M. A. Vega, 1994, pp. 82-86.
22 San Jerónimo, *Epístolas, tomo I*, 1993, op. cit., p. 563.
23 San Jerónimo, Comentario a Jonás, en: *Obras Completas* III*a. Comentarios a los Profetas Menores* [Edición bilingüe; introducción, traducción y notas de Avelino Domínguez García], Madrid: BAC, nº 606, 2000, p. 685.
24 *Idem*, Comentario a Jonás, 2000, p. 731.

teórico de la traducción que nunca se ha enfrentado a las dificultades de la traslación, sobre la importancia de escrutar al milímetro el texto original antes de embarcarse en una travesía que tiene que sortear todo tipo de obstáculos:

> «*Y el Señor Dios dispuso una hiedra que trepó sobre la cabeza de Jonás para dar sombra a su cabeza y protegerlo* […] Dicen los Setenta: *Y el Señor dio orden a la calabaza y ésta trepó sobre la cabeza de Jonás, para convertirse en parasol sobre su cabeza y protegerlo de sus males* […] A propósito de este pasaje, se dice desde hace poco tiempo en Roma que Canterio […] me ha acusado de falta de respeto, porque he traducido hiedra en lugar de calabaza […] Pero hablemos de cosas serias. En lugar de calabaza o hiedra, en el texto hebreo leemos *ciceion,* que en lengua siria y fenicia también se dice *ciceia.* Existe un tipo de arbusto o árbol pequeño que tiene las hojas anchas, como las del pámpano, y da una sombra muy densa, se sostiene sobre su tronco y en Palestina crece muy abundante, especialmente en lugares arenosos; y resulta sorprendente que, si tiras la semilla al suelo y la entierras, surge inmediatamente un árbol […] Por eso, en la época en que escribíamos los comentarios a los profetas, también nosotros quisimos traducir esa misma palabra de la lengua hebrea, puesto que la lengua latina no tiene un término para designar esta variedad de árbol. Sin embargo, temimos que los gramáticos encontraran justificación para hacer críticas […] por lo cual seguimos a los antiguos traductores, quienes también tradujeron hiedra […] Por su naturaleza, la calabaza y la hiedra tienden a arrastrarse por el suelo y no se elevan si no es apoyándose en forquetas y puntales. Entonces ¿cómo, sin apercibirse de ello el profeta, la calabaza, que por su naturaleza no es capaz de elevarse sin cañas, palos o puntales en los que apoyarse, pudo crecer a lo alto en una sola noche y proporcionar sombra? […] Mas, a fin de no alejarnos de la calabaza por culpa de nuestra obsesión calabacera, estas palabras pueden aplicarse a la figura de nuestro Salvador […]».[25]

17.3.6. Comentario a Miqueas

En el Comentario a los dos libros de Miqueas, san Jerónimo también se explaya sobre los detalles en torno a la interpretación del texto y a su traducción. Sin embargo, lo que más nos ha interesado es su observación sobre las dificultades que envuelven al traductor en su tarea, pues utiliza una serie de metáforas marinas que siguen constituyendo un comentario recurrente entre los traductores actuales a quienes se les pregunta sobre su trabajo. Así pues, el referirse al proceso traductor como una dura travesía, sorteando un temporal, es una idea que perdura en la actualidad.

> «[…] Hasta aquí, siguiendo el texto hebreo y en medio de escollos y rocas muy puntiagudas, hemos guiado nuestra barca, lo mejor que hemos podido y como mejor nos ha parecido, de acuerdo con las enseñanzas de los autores

25 *Idem*, Comentario a Jonás, 2000, p. 747.

hebreos. El lector prudente juzgará si ya ha entrado en el puerto o todavía está a la deriva en el mar. Ahora, con la ayuda de vuestras oraciones, afrontemos otras olas e intentemos salir ilesos del naufragio que nos amenaza por todas partes.» [26]

17.3.7. Comentario al profeta Nahúm

En el prólogo al *Comentario a Nahúm* san Jerónimo deja una pincelada de una afirmación que haría en numerosas ocasiones a propósito de los conocimientos que debe tener un traductor. Para él era necesario no solo conocer la lengua de partida y, por supuesto, tener el dominio absoluto de la lengua de llegada, sino también la cultura de partida, e íntimamente ligado con esa cultura consideraba imprescindible viajar y conocer de primera mano los lugares que en el texto a traducir conforman el contexto en el que se desarrolla la historia narrada. Topónimos, pero también antropónimos fueron para san Jerónimo tan importantes que incluso escribió dos libros sobre los lugares y los nombres que aparecen en los textos bíblicos, a manera de fichas terminológicas. A propósito del nombre del profeta, Nahúm de Elcós, dice en el prólogo los siguiente: «En la actualidad Elcós es una aldea pequeña de Galilea, cuyas ruinas apenas conservan las huellas de los antiguos edificios; sin embargo, los judíos la conocen, y a mí también me la mostró el guía.» [27]

17.3.8. Comentario al profeta Habacuc

Comienza el prólogo haciendo alusión a los errores que se producen en las traducciones de los nombres propios, tomando como ejemplo el del propio profeta Habacuc:

«[…] es preciso que sepamos que los autores griegos y latinos leen erróneamente el nombre de este profeta como *Ambacus,* mientras que en hebreo se dice *Abacuc* y significa abrazo o, si lo traducimos con más propiedad al griego, *periplepsis,* o sea acción de abrazar.» [28]

San Jerónimo recurre a la complicidad con los lectores en numerosas ocasiones para captar su atención y hacer reflexionar sobre lo leído. Desde el punto de vista de la construcción del texto literario, ese pacto de lectura hubiese hecho las delicias tanto de los traductólogos como de los teóricos de la literatura, en el caso de que hubiesen leído las obras completas del santo patrón de los traductores. En ese acercamiento al lector pone de manifiesto las variaciones que se pueden producir en función de la perspectiva analítica con la que se aborde el texto:

26 San Jerónimo, Comentario a Miqueas, en: *Obras Completas* III*a. Comentarios a los Profetas Menores* [Edición bilingüe; introducción, traducción y notas de Avelino Domínguez García], Madrid: BAC, nº 606,2000, p. 779.
27 San Jerónimo, Comentario a Nahúm, en: *Obras Completas* III*b. Comentarios a los Profetas Menores* [Edición bilingüe; introducción, traducción y notas de Avelino Domínguez García], Madrid: BAC, núm. 631, 2003, p. 13.
28 San Jerónimo, Comentario a Abacuc, en: *Obras Completas* III*b. Comentarios a los Profetas Menores* [Edición bilingüe; introducción, traducción y notas de Avelino Domínguez García], Madrid: BAC, núm. 631, 2003, p.113.

> «Ya veis cuán intrincado es este pasaje, cuan contrario a la realidad histórica, y cómo aquellas palabras, que desde el punto de vista literal hemos interpretado como contrarias a los caldeos, ahora, desde el punto de vista simbólico, parecen significar la clemencia y la libertad de quienes escaparon de manos de los caldeos. La historia es rígida y no ofrece posibilidad de salirse del camino. En cambio, la interpretación simbólica es libre y solamente está limitada por estas leyes: conservar el respeto a la idea y no forzar el contexto de la palabra para unir cosas que son demasiado incompatibles entre sí.» [29]

El tener en cuenta al lector no es solo para captar su atención, como antes mencionábamos, sino que también hay en el proceso traductor de san Jerónimo un afán por adaptarse a la lengua y cultura de llegada, es decir tener en mente quiénes serán los lectores meta de su texto, al mismo tiempo que defiende la consulta de las fuentes primarias y la traducción directa de la lengua original a la lengua meta, sin pasar por una traducción mediada, a no ser como mero texto de consulta y estudio previo. De hecho, la comparación entre las versiones de Áquila, Símaco, los Setenta, Teodoción y la Quinta Edición es una constante. Es también común en los comentarios a los profetas las alusiones a Cristo, ya que en las profecías ve la prefiguración de hechos relativos al Evangelio. Así, en uno de los pasajes del *Comentario a Habacuc* podemos leer lo siguiente:

> «Por otro lado, si en la carta a los Romanos el Apóstol se expresa más según la versión de los Setenta al decir: *Pero el justo vivirá por mi fe* (Rom 1,17), que según la versión del texto hebreo, la razón es evidente: Estaba escribiendo a los romanos, que desconocían la lengua hebrea; además, tampoco se preocupaba de las palabras, siempre que estuviera a salvo la idea [...] Por lo demás, siempre que haya divergencias de sentido entre el texto hebreo y la versión de los Setenta, observa que el apóstol emplea los términos que él había aprendido del maestro de la ley Gamaliel.» [30]

17.3.9. Comentario a Sofonías

El prólogo del *Comentario al profeta Sofonías* tiene un especial interés por la dedicatoria, dirigida a Paula y su hija Eustoquia, y por la defensa que hace san Jerónimo de las pocas mujeres célebres por sus logros culturales, sociales o religiosos, precisamente un hombre que en numerosos pasajes de sus escritos no parece sentir una especial empatía hacia las mujeres. Añade en el prólogo que «tanto la historia de Grecia como la de Roma están llenas de mujeres de gran valía, cuyos relatos requerirían libros enteros». [31]

La alusión a la estilística comparada se presenta también en los *Comentarios* como una constante dirigida a captar la atención del lector e incitarle a releer y a reflexionar sobre lo escrito:

29 *Idem*, Comentario a Habacuc, 2003, p. 131.
30 *Idem*, Comentario a Habacuc, 2003, p. 153.
31 *Idem*, Comentario a Sofonías, 2003, p. 261.

> «Como ya hemos dicho a menudo, que nadie se extrañe si los párrafos de la versión hebrea y los de los Setenta, es decir, de la versión griega y de la latina, terminan de manera distinta, puesto que, al ser traducciones distintas, necesariamente han de diferir las maneras de comenzar y de terminar.» [32]

Por lo que respecta a los aspectos terminológicos, san Jerónimo expone por regla general la raíz etimológica, alude a los referentes culturales que marcan una determinada palabra, aboga por mantener el término en la lengua original cuando hay, a su juicio, un equivalente cultural que cause en el lector meta el mismo efecto que causó el texto original en el lector de la lengua de partida, menciona préstamos y calcos cuando estos se producen, recurre a explicaciones gramaticales cuando hay un cambio de categoría gramatical en las palabras utilizadas, cuando se produce una compensación en el uso y colocación de las palabras, etc., de manera que la lectura de sus comentarios provoca siempre un darse cuenta de aspectos que quizá hubiesen podido pasar inicialmente desapercibidos para el lector meta:

> «En cuanto a lo que nosotros hemos llamado *nugas* (frívolos), has de saber que en hebreo se dice lo mismo que en latín, por lo que hemos dejado la palabra tal cual estaba en hebreo, para comprobar así que la lengua hebrea es la madre de todas las lenguas, cuestión esta cuya discusión no procede en este momento. Me extraña, por otro lado, que donde nosotros hemos traducido «eran», a saber, en el pasaje que tradujimos: *reuniré… porque eran tuyos*, en lugar de «eran» Áquila y los Setenta prefirieron traducir ¡ay! o bien ¡oí!, término que Áquila utiliza siempre, no como lamento, sino como invocación y exclamación. En efecto, la palabra hebrea *hai,* cuyo presente es soy, significa tiempo pasado y número plural, o sea, eran o habían sido […]» [33]

17.3.10. Comentario a Ageo

El *Comentario a Ageo* está también dedicado a Paula y Eustoquia. Hay que recordar que Paula y su hija Eustoquia asistían a los cenáculos ascético-bíblicos que Jerónimo de Estridón dirigía en Roma durante su estancia al servicio del papa Dámaso, pero que también ambas mujeres marcharon con él a Tierra Santa y se establecieron en Belén, donde continuaron las enseñanzas sobre los textos sagrados. Su interés en que los comentarios hicieran reflexionar sobre el texto de las Sagradas Escrituras lo menciona, por ejemplo, en el *Comentario a Ageo,* cuando dice: «He hecho esta breve exposición a modo de paráfrasis, para que, partiendo de ella, el lector inteligente pueda ascender a una interpretación más elevada, aunque nosotros permanezcamos callados.» [34]

32 *Idem*, Comentario a Sofonías, 2003, p. 359.
33 *Idem*, Comentario a Sofonías, 2003, p. 363.
34 *Idem*, Comentario a Ageo, 2003, p. 409.

17.3.11. Comentario a Zacarías

El libro del *Comentario a Zacarías* se lo dedica san Jerónimo a Exuperio, obispo de Toulouse. No dispone, al parecer, de mucho tiempo para ello, por lo que nos ofrece una imagen del trabajo habitual del traductor ante la premura de los encargos, el del trabajo nocturno: «[…] Lo quiera o no, me veo obligado a ganar y robar horas a la noche para dictar esta obra que te dedico a ti.» [35] A continuación, ofrece en el prólogo una rica información sobre la bibliografía ya existente en torno al profeta Zacarías, otro dato que deja entrever el sistema de trabajo que tenía: «Sobre este profeta escribió dos libros Orígenes [36] […] Hipólito también publicó unos comentarios. A ruegos míos, Dídimo dictó unos comentarios en cinco libros […] pero toda su exégesis fue alegórica y apenas tocó el comentario histórico.» [37] Aunque estos libros se hayan perdido, como otros que seguramente consultaría san Jerónimo en el desarrollo de su trabajo, de vez en cuando nos deja en el texto pinceladas alusivas a la consulta de fuentes, a lo tomado de las mismas y a lo aprendido en ellas, como cuando dice que «Vayan estas palabras como comentario literal, puesto que no queremos dar la impresión de ocultar a los nuestros lo que hemos aprendido de los maestros de una lengua extraña.» [38]

Un traductor está aprendiendo la profesión, es decir, el arte de traducir, toda la vida y aun así siempre existen dudas sobre la decisión tomada, sobre la opción escogida. A ese mar de dudas en el análisis textual tampoco escapa san Jerónimo, dándonos muestras de ello en el *Comentario a Zacarías*, según él, el libro más difícil y oscuro de interpretar. En la explicación y comentario de uno de los pasajes diría lo siguiente:

> «Hemos dicho esto en la medida de las posibilidades de nuestro pequeño ingenio y hemos expuesto superficial y brevemente las distintas opiniones nuestras y de los hebreos. Si alguien hace una exposición mejor o incluso más ceñida a la verdad, también nosotros la acogeremos con gusto.» [39]

Durante el proceso de análisis y comprensión textuales, el traductor consulta no solo diccionarios bilingües, monolingües, etimológicos, de sinónimos y antónimos, sino también textos paralelos, recurre a informantes, a textos especializados cuando la presencia de términos propios de un ámbito de especialidad que no domina dificulta la comprensión o bien la elección correcta de un término. Un ejemplo de ello lo tenemos en el *Comentario a Zacarías,* a propósito de la visión que este profeta tuvo de dos mujeres aladas portando un ánfora:

> «[…] estas dos mujeres, como si hubieran sido arrebatadas por un espíritu impetuoso, eran llevadas por este viento veloz y tenían alas de *asida,* según el texto hebreo, palabra que Áquila, Símaco y Teodoción traducen por garza y únicamente los Setenta tradujeron por abubilla. Opinan los hebreos que

35 *Idem*, Comentario a Zacarías, 2003, p. 449.
36 A este respecto, en la *Epístola* 33, escrita el año 385 y dirigida a Paula, ya exponía una relación de las obras de Orígenes que san Jerónimo había consultado en la biblioteca de Cesarea.
37 *Idem*, Comentario a Zacarías, 2003, p. 451.
38 *Idem*, Comentario a Zacarías, 2003, p. 465.
39 *Idem*, Comentario a Zacarías, 2003, p. 517.

> *asida* significa milano, un ave muy depredadora que siempre está al acecho de las aves domésticas. En cuanto a la garza, los autores especialistas en aves escriben que hay tres clases de garza: la blanca, la moteada y la negra, que es muy cruel, sanguinaria, agresiva [...]».[40]

El pasaje que está comentando san Jerónimo sobre la visión de Zacarías tiene, desde otro punto de vista, también interés para el estudioso de la historia de la traducción, ya que está haciendo alusión a la ciudad de Babilonia, cuyo significado es confusión [de lenguas] y cuya torre constituye una de las imágenes que representan la actividad traductora en las artes plásticas, aspecto éste al que volveremos en el cuarto epígrafe de nuestro trabajo.

Al prologar el libro II del *Comentario a Zacarías,* san Jerónimo vuelve a dirigirse al lector poniendo nuevamente de manifiesto la dificultad de este libro, «de la oscuridad pasamos a la oscuridad» dirá; mientras que al prologar el libro III nos transmite la angustia que supone para el traductor no disponer del tiempo necesario para revisar y pulir el texto por falta de tiempo, por apremio en el encargo, de manera que también en este matiz la situación anímica del traductor ante la entrega de su trabajo no ha sufrido notables cambios en dieciséis siglos.

> «De tal manera me apremia el hermano Sisinio para que envíe estas obras sin pulir ni rematar, que no tengo tiempo, no digo ya de corregirlas, pero ni siquiera de releerlas. Él se da prisa en realizar su tarea, pero nosotros no podemos terminar la nuestra, pues la erudición se derrama inútilmente y no se nos permite adornar con un lenguaje elegante las ideas que nos vienen a la cabeza [...] aunque nuestro ingenio sea brillante y experimentado y aunque nuestro discurso transcurra por caminos trillados por un uso prolongado, sin embargo, si una obra no es retocada y pulida por la mano de su autor, conservará cierto tufillo a suciedad y negligencia, puesto que o habrá una excesiva abundancia de palabras o se producirá un hiato de vocales o una disonancia de consonantes [...]».[41]

17.3.12. Comentario a Malaquías

El último de los doce profetas menores es Malaquías. En el prólogo al *Comentario a Malaquías,* san Jerónimo especifica la estructura en la presentación de los fragmentos de texto a comentar: en primer lugar, según la versión hebrea y después según la versión de los Setenta. A continuación, como hacía habitualmente, menciona la bibliografía existente al respecto. En este caso concreto vuelve a citar a Orígenes, quien escribió, según nuestro autor, tres libros sobre el profeta Malaquías; y Apolinar de Laodicea, del que dice que escribió un breve opúsculo.

San Jerónimo comienza su análisis textual, como siempre, con la exposición del pasaje a comentar y ya encuentra motivos para desentrañar la oscuridad de los significados en la primera palabra del texto malaquiano:

40 *Idem*, Comentario a Zacarías, 2003, p. 525.
41 *Idem*, Comentario a Zacarías, 2003, p. 633.

> «*Peso de la palabra del Señor a Israel en la mano de Malaquías*. Dicen los Setenta: *Oráculo (assumptio) de la palabra del Señor sobre Israel en la mano de su ángel.* Al hacer el comentario de otros profetas hemos expuesto ya lo que significa la palabra *onus,* es decir, peso, que en lengua hebrea se dice *massa* y que Áquila traduce como árma, y lo que significa la palabra griega *lémma (assumptio),* es decir, acción de tomar o acepción, que es como la han traducido los Setenta y los otros traductores [...]».[42]

Por muchos que fuesen los interesados en el conocimiento de las Sagradas Escrituras y en recibir los trabajos de san Jerónimo como comentarista bíblico, no cabe duda de que los destinatarios primeros de los textos exegéticos, de los comentarios bíblicos, eran los hombres de Iglesia, pues eran los que tenían que comprender en toda su dimensión histórica, alegórica y mística el contenido para responder a las posibles preguntas de los fieles. Y así lo recuerda a los lectores nuestro patrón de los traductores: «Función del magisterio del sacerdocio es responder a las preguntas sobre la ley. Y si [...] se muestra negligente respecto a las Escrituras Sagradas, en vano presume de una dignidad cuyas obras no acredita.»[43] Apoya esta idea con las palabras del apóstol Pablo en la carta a Timoteo cuando dice que el sacerdote sea capaz de refutar a los que contradicen lo que dicen las Escrituras y, desde el punto de vista simbólico, añade que el mismo significado del nombre de Malaquías, mensajero del Señor, está en relación con esta misma idea de ser capaz de transmitir la palabra de Dios, para lo cual debe ser previamente instruido. Así pues, los comentarios de san Jerónimo tienen también un indudable fin formativo y didáctico.

La labor paciente y constante de san Jerónimo a lo largo de tantos años, desde que el papa Dámaso le animase a realizar el estudio contrastivo-comparativo de todas las traducciones existentes hasta entonces y, posteriormente, a emprender su propia traducción, ha quedado reflejada en la iconografía cristiana a través de la representación del santo patrón de los traductores escrutando el texto, leyendo, escribiendo y enseñando, asunto del que nos ocuparemos en el siguiente epígrafe, poniendo de relieve la unión entre texto e imagen.

17.4. Texto e imagen: valor documental de una simbiosis

La iconografía del patrón de los traductores refleja la labor callada y solitaria del traductor; la imagen que el lector final del texto traducido nunca ve: la del creador en su soledad, en su constante y vital toma de decisiones, de realización de consultas en las más diversas fuentes hasta dar con el término más apropiado, con la equivalencia cultural más adecuada, con la frase que él cree acertada o con la anotación aclaratoria más conveniente para hacer comprensible el texto al lector.

Sea cual sea la tipología[44] con que se represente a san Jerónimo en las artes plásticas, a saber: bien en su faceta de eremita en el desierto de Calcis (San Jerónimo

42 *Idem*, Comentario a Malaquías, 2003, p. 745.
43 *Idem*, Comentario a Malaquías, 2003, p. 773.
44 Véanse al respecto nuestros trabajos en torno a la iconografía de san Jerónimo: «El Epistolario de san Jerónimo como fuente iconográfica» (1999) y *San Jerónimo en el arte de la Contrarreforma* (2003 [2005]).

penitente), bien en su faceta de secretario papal al servicio del papa Dámaso (San Jerónimo con ropaje cardenalicio —aunque en su época no existiese el cardenalato—,[45] como Padre de la Iglesia latina) o bien en su faceta de monje en Belén (San Jerónimo monje, vestido con hábito, aunque con el anacronismo de representarlo con hábito de monje jerónimo), nuestro personaje aparece en la mayoría de las ocasiones ejerciendo la actividad traductora, bien sea rodeado de libros en la cueva del desierto de Calcis y marcando algún detalle en la página abierta o en el rollo escrito que se ofrece al espectador; bien vestido de cardenal refugiado en el silencio de su celda —san Jerónimo en su estudio, según la denominación que se utiliza en iconografía—; bien enseñando y dictando el texto traducido a sus monjes o consultando con ellos en el *scriptorium* del monasterio detalles sobre los textos a traducir o ya traducidos, o bien consultando con sus informantes los detalles oscuros de un texto en el proceso de exégesis, de interpretación del contenido y análisis formal del mismo, como el ejemplo que aquí presentamos en la figura 2 (San Jerónimo y un rabino).

Por ello, la actividad traductora en la cultura occidental de tradición cristiana se representa con la imagen de san Jerónimo, pues los otros dos iconos que identifican la traducción en el arte no se refieren a la actividad traductora en sí, sino a la confusión de lenguas, por un lado, representada por la imagen de la torre de Babel, y al don de lenguas, por otro, representado por la escena de Pentecostés. Así pues, la imagen de san Jerónimo va íntimamente unida a su estudio y trabajo con los textos, de manera que se entiende mejor su imagen con la lectura de sus *Obras completas*, de manera que iconografía e iconología van de la mano como un binomio indisoluble de gran valor documental.



FIGURA 1. San Jerónimo dictando a los monjes, sala capitular (siglo XV) del Monasterio de San Isidoro del Campo, Sevilla.

45 La iconografía de san Jerónimo ataviado con ropaje cardenalicio como símbolo de su dignidad en calidad de Padre de la Iglesia se inició en Bolonia, gracias al jurista italiano Giovanni D'Andrea. Sobre el particular véase Martino (2003 [2005]).

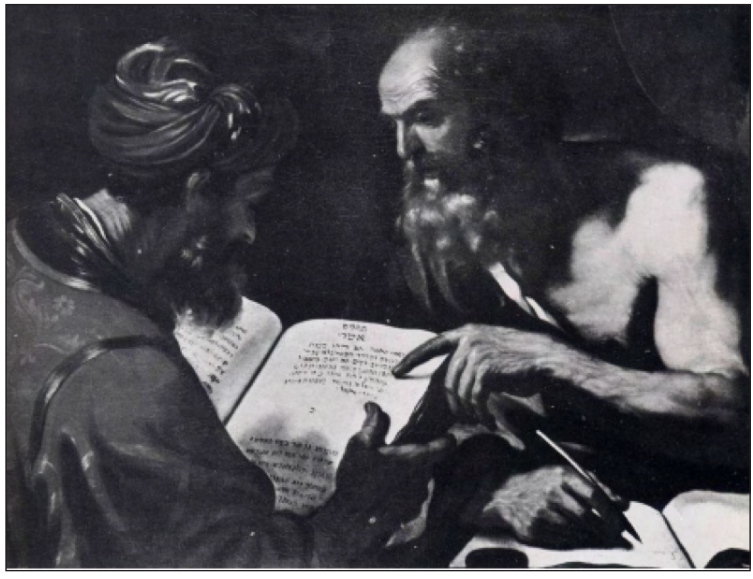

FIGURA 2. Benedetto Gennari (1633-1715). San Jerónimo y un rabino (Baranina). Museo Arqueológico, Burgos.



FIGURA 3. Luis Tristán (1586-1624), San Jerónimo, Doctor de la Iglesia, estudiando. Monasterio de San Pablo, Toledo.

17.5. Conclusiones

Muchas de las reflexiones de san Jerónimo sobre el arte de bien traducir están basadas, en su mayor parte, en su propia experiencia como traductor, pero también en los estudios filológicos contrastivo-comparativos previos a la traducción, en la práctica de la exégesis bíblica, sin olvidar su experiencia como viajero, como observador de la realidad circundante, pero también de la historia del contexto, así como con su contacto directo con otras lenguas y culturas.

La Sagrada Escritura considera la experiencia del viaje como una oportunidad peculiar de conocimiento y sabiduría, puesto que pone a la persona en contacto con pueblos, culturas, costumbres y tierras diversas. En efecto: «El hombre que ha corrido mundo sabe muchas cosas; el que tiene experiencia se expresa con inteligencia. Quien no ha pasado pruebas poco sabe; quien ha corrido mundo posee gran destreza. Muchas cosas he visto en el curso de mis viajes; más vasta que mis palabras es mi inteligencia»[46] (Si 34, 9-11).

A manera de reflexión final y utilizando las metáforas marinas a las que tan aficionado era san Jerónimo, diremos que en la complejidad del proceso traductor, consciente de la mente abarcadora y la formación humanística enciclopédica que debería poseer todo buen traductor para salir airoso de una travesía que puede presentar turbulencias de carácter plurigénerico y politextual, sortear cambios de viento en los registros utilizados en un mismo texto, sumergirse en los nuevos temas en los que no es un experto nauta, echar el ancla para extraer del fondo marino con certero rastrillo su cofre de los tesoros —su «caja negra», según el término utilizado por los traductólogos contemporáneos— en el que almacena todos sus conocimientos, remar con habilidad en todos los mares y utilizar las estrategias necesarias que le permitan llegar a buen y seguro puerto con el tipo de nave elegida para realizar su navegación, san Jerónimo es modelo de humanista cristiano para los traductores, y especialmente, claro está, para los traductores de la cultura occidental.

El traductor puede ser creyente, o no, practicante de los preceptos religiosos, o no, pero de lo que no cabe duda es de que identifica la imagen de san Jerónimo como patrón de los traductores, aunque desconozca los detalles de su vida y de su obra. Por ello, desde estas páginas reivindicamos la lectura de las *Obras Completas* de san Jerónimo como textos fundamentales para una mejor formación humanística y de comprensión de la labor traductora y de la reflexión traductológica.

17.6. Referencias bibliográficas

MARTINO ALBA, Pilar. «San Jerónimo: traductor y traductólogo» en Fernando Navarro Domínguez *et al.* (eds.) *La traducción: balance del pasado y retos del futuro,* Alicante: Ed. Aguaclara, 2007, pp. 453-466.

MARTINO ALBA, Pilar. *San Jerónimo en el arte de la Contrarreforma* [tesis doctoral 2003]. Madrid: Universidad Complutense, Servicio de Publicaciones, 2005, 505 pp.

46 Fragmento del mensaje que el Papa Juan Pablo II pronunció con motivo de la XXIII Jornada Mundial del Turismo (27/9/2002).

Disponible en: http://biblioteca.ucm.es/tesis/ghi/ucm-t26717.pdf

MARTINO ALBA, Pilar. «El Epistolario de san Jerónimo como fuente iconográfica» en *Cuadernos de arte e iconografía,* tomo VII, núm. 15 (1999), 30 pp.
Disponible en: http://www.fuesp.com/pdfs_revistas/cai/15/cai-15-5.pdf

SAN JERÓNIMO. *Epistolario I* [Edición bilingüe; traducción, introducciones y notas de Juan Bautista Valero]. Madrid: BAC, núm. 530, 1993.

SAN JERÓNIMO. *Epistolario* II *[Edición bilingüe; traducción, introducciones y notas de Juan Bautista Valero].* Madrid: BAC, núm. 549, 1995.

SAN JERÓNIMO. *Obras Completas* III*a. Comentarios a los Profetas Menores* [Edición bilingüe; introducción, traducción y notas de Avelino Domínguez García], Madrid: BAC, núm. 606, 2000.

SAN JERÓNIMO. *Obras Completas* II. *Comentario a Mateo y otros escritos* [Edición bilingüe; introducciones, traducción y notas de Virgilio Bejarano], Madrid: BAC, núm. 624, 2002.

SAN JERÓNIMO. *Obras Completas* III*b. Comentarios a los Profetas Menores* [Edición bilingüe; introducción, traducción y notas de Avelino Domínguez García], Madrid: BAC, núm. 631, 2003.

VEGA CERNUDA, Miguel Ángel: *Textos clásicos de teoría de la traducción,* Madrid: Ed. Cátedra, 1994.